

Como compositor musical son muy conocidos sus *Poème du Printemps, Poème d'amour y Poème d'automne.*

En los más elegantes salones se han cantado sus romanzas *Toi, Sans amour, Les deux coeurs* (premiado en concurso), *Reveille toi Mignon, En Avril, En te quitant, Mignonne voici l'avril, Toc toc, Etre poète,* etc.

La mayor parte de estas Romanzas han sido elegantemente editadas y todas revelan el delicado sentimiento y el exquisito gusto de su joven autor que ya tiene conquistada en el mundo musical una envidiable fama.

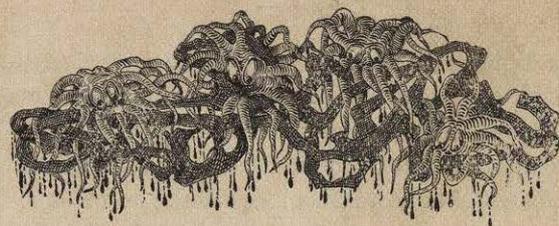
Como abogado sería largo enumerar sus alegatos y estudios jurídicos, pero debo señalar como muy notable su estudio sobre la propiedad artística.

Por lo expuesto se ve cuan bien ha empleado su tiempo el autor de los *Cuentos Macabros*, y seguros estamos de que este ameno libro suyo causará sensación y aumentará el crédito de que goza como literato, pues cada una de las páginas aviva el deseo de conocer las subsecuentes que van haciéndose más y más interesantes.

Es muy satisfactorio poder aplaudir á quien en esta época de materialismo y de desdén artístico enriquece nuestras letras con un nuevo libro, y aunque muchos han de encomiarlo, yo me apresuro á ser el primero en aplaudirlo.

JUAN DE DIOS PEZA.

México, 27 de Agosto de 1909.



ANTE EL JURADO.

—No trato de defenderme: he rehusado desde el principio de la instrucción de mi proceso, el nombrar un letrado con ese objeto; si en este momento que la ley me concede para alegar lo que á mi derecho convenga, hago uso de la palabra, es sólo porque experimento la necesidad de abrir por entero mi corazón, de hallar un consuelo ó un desahogo en la narración de todos los detalles externos é internos de este terrible drama, entre los cuales mi espíritu vacila y mi conciencia se extravía; la conciencia de mi sér, de mis ideas, de mis pensamientos, de mis actos pasados, que flotan en mi memoria como los restos de un buque náufrago envueltos por el oleaje, con las vagas líneas, con los confusos contornos de fantasmas errando entre la niebla.

Durante la instrucción, me he limitado á reconocer los hechos materiales: he confesado desde el primer momento, reconocido el sitio, el arma..... todo; pero he guardado absoluto silencio acerca de lo que el Señor Agente del Ministerio Público llama mi proceso psicológico, esto es, de mis pensamientos, de mis ideas y sensaciones predecesoras y determinantes de mi delito, porque yo mismo me he sentido incapaz de analizarlos, de establecer entre ellos y este un orden preciso y encadenado, una

liga lógica; porque me he sentido incapaz de responder coordinadamente á las preguntas concretas y siempre capciosas de un juez que, con ellas, estrechaba mi discurso aún más de lo que mi cuerpo lo estaba en el angosto rincón de la reja; porque quería que esta explicación, si es que puedo llamarla así, llegase *pura*, auténtica, á los oídos de los señores jurados; no deformada por la redacción arbitraria y compendiosa de un escribiente más ó menos rutinario y perezoso. Lo que de mis labios va á brotar, no sé si será una requisitoria ó una defensa; sólo sé que podrá compararse á la confesión que, de rodillas, se hace ante un sacerdote, y en la que el Tribunal podrá encontrar lo que jamás se ha hallado ni en esa ni en aquella tribuna: *La verdad.*



El era un jefe severo, rígido y lacónico con sus empleados en lo relativo al cumplimiento de nuestros deberes ó servicios; pero dispuesto á auxiliarnos, afable y cariñoso siempre, fuera de las horas y asuntos de la oficina. Más de una vez me prestó ayuda y consuelo en mis tribulaciones personales, y mis ascensos fueron logrados gracias á los informes que de mi aptitud, carácter y laboriosidad rindió, de cuyos informes el ciudadano Juez de Instrucción ha obtenido copias que constan en autos. Fué un buen jefe para mí, yo le estimaba y quería bien y por más que esto parezca en este sitio un contrasentido ó una macabra bufonada, digo que su muerte es por mí llorada y sentida con la más profunda sinceridad ¿Por qué se la he dado?.....

De nada tengo que acusarle; acostumbrado á sus enérgicas disposiciones, nunca me parecieron ofensivas ni humillantes. Sabía yo callar y obede-

cer, y hasta disculpable y justa me pareció la decisión de nuestro jefe cuando, á causa de la insubordinación agresiva de Pedro, mi compañero de oficina y de alojamiento, se hizo respetar por la fuerza arrojándole á la calle y pronunciando su destitución. Aún recuerdo el furor y la desesperación de Pedro, quien juraba tomar venganza golpeando los muebles de nuestra común habitación, cuando á ella llegué para recogerme al terminar la jornada de labor. No puedo menos que confesar el terror que me inspiró su actitud, tanto más natural, cuanto que, por mi carácter dócil y mezquino, siempre me sentía débil de voluntad, pequeño é inferior al lado de mi compañero, que gobernaba la sociedad en que vivíamos. Apenado por la situación precaria á que su destitución le había arrojado, y esperando días mejores para él, á fuerza de súplicas le hice compartir mis recursos y seguir viviendo en mi compañía.



Odiaba Pedro á nuestro Jefe con odio inextinguible, que crecía y crecía con las decepciones que recibía no encontrando trabajo ni empleo. Esto lo comprendía yo perfectamente, á pesar de su silencio que yo respetaba, temeroso siempre de provocar sus explosiones de ira, sus accesos de violencia, que tenían la especial virtud de hacerme estremecer como un chiquillo. Un fuego insólito empezó á abrasar las miradas de mi amigo, á quien sin duda los insomnios demacraron el semblante. Sus ojos me hacían daño y acabé por *sentir* la imposibilidad de mirarle frente á frente. *Sentía yo...* experimentaba una sensación..... una especie de angustia.... de temor indefinible cuando fijaba en mí sus ojos, mayor aún de la que ahora experimento al sentir clavados en mí los de las innumerables

personas que forman esta asamblea y que, á través de la nube que crea mi actual emoción, me parecen otros tantos puntos de fuego. El que me abrazaba en los de Pedro llegó á ser para mí una obsesión terrible; de noche, durante mi sueño, *me parecía sentirlos* clavados en mí, é iluminando con fulgor fosforescente la oscura alcoba. Puerilidad? Tal vez! Yo mismo me lo he repetido mil veces, entonces y ahora, y, á pesar de esa preocupación, buscaba aquella mirada que me hacía daño, quizá tratando de vencer la ridícula idea y porque me sentía atraído por las ardientes pupilas como la mariposa por la llama. Las buscaba para huír de ellas.

Quise al fin acabar con esta lucha conmigo mismo, separándome de Pedro; pero su miseria y el pensamiento de la crueldad que entrañaría mi abandono, me hicieron desistir de tal resolución...

¿Por qué he hablado de esto?..... No lo sé en verdad..... Es que la obsesión no me ha abandonado, es que esta idea constante, que se atraviesa en todos mis pensamientos, me acompaña siempre aún entre las paredes de mi calabozo..... ha encarnado en mí..... Divago y pido que se me perdone.



Fué mi padre un hombre afecto á la caza y, entre los objetos que por su herencia y como recuerdos suyos conservo, estaba ese cuchillo de monte que el señor Presidente del Jurado tiene sobre su mesa y que yo había colocado en una panoplia con los usados arreos de caza, en el muro cercano á mi lecho.

Hablaba de la destitución de Pedro, porque recuerdo muy bien que, hasta esa época, la panoplia y sus armas habían permanecido intactas. Poco

después de ese acontecimiento, una insana, una inexplicable curiosidad tal vez, me hizo sacar un día esa arma de su sitio; la tomé inconscientemente y yo mismo me admiré al advertir que la tenía entre las manos y acariciaba su punta agudísima con mis dedos. Quise volver á colocarla en su puesto; pero por distracción ó pereza, la dejé sobre la silla que se hallaba á los pies de mi lecho y ahí permaneció algunos días. Más tarde, al vestirme para ir á la oficina, como por la fuerza de una añeja costumbre, colocaba maquinalmente el cuchillo en mi cintura, y hasta recuerdo que muchas veces, durante mi trabajo, me veía obligado á cambiar de sitio la empuñadura del arma que me incomodaba de un modo pertinaz.

Es un hermoso cuchillo: su mango de concha tornasol parece atraer la mano, á la que se acomoda maravillosamente: esa empuñadura pulida y mórbida produce con su contacto una sensación voluptuosa, semejante á la que se experimentaría al acariciar la tibia y aterciopelada mano de una mujer joven y hermosa. Hasta esa época, yo no lo había echado de ver. Su hoja toledana, de exquisito temple, parecía un espejo antes de ser manchada por la sangre y, contemplándola de cerca, yo sentía un ligero vértigo, semejante al que de niño me procuraba cerrando uno de mis ojos y colocando ante el otro un prisma que irisaba los contornos de los objetos y accidentaba el terreno por el que me echaba á andar, hasta el momento en que la desorientación me hacía dar un paso en falso y caer. Me agradaba buscar, en esa hoja, el reflejo de los objetos rojos. El cuchillo se había convertido en un juguete infantil entre mis manos.



Aquel día fué para mí, como un terrible ensueño, continuación de las pesadillas que tanto me inquietaron la noche de la víspera. Varias veces desperté en ella con el cabello pegado á las sienes por un sudor frío, hallando en pie, al lado de mi cama, á mi buen amigo Pedro, atraído quizá por los gemidos que debo haber lanzado entre sueños. La luz matinal no trajo consuelo á mi inquietud, y sólo la conciencia de mi deber me hizo acudir á la oficina, á pesar de que sentía mi cuerpo quebrantado, como si entre aquella tiniebla nocturna hubiera yo luchado con un gigante que me hubiera destrozado y rendido.

Instalado en mi mesa, procuraba terminar las copias de varios oficios, esforzando mi voluntad y mi atención que, rebeldes, parecían dirigirme á objetos indeterminados, enfermas de deseos desconocidos inciertos Otro empleado puso en mis manos un expediente que yo había de llevar al jefe, á cuyo bufete me dirigí..... Recuerdo perfectamente que, al atravesar la oficina, á través de los cristales de una de las ventanas que daban al patio, vi á Pedro, vi su rostro pálido pegado al vidrio con sus relucientes ojos de carbunco..... ¡Pobre amigo mío! Quizás esperaba la hora de mi salida El puño del arma me molestaba tanto! Al poner sobre la mesa del jefe el expediente. no sé..... una sensación de pavor semejante á la que los ojos de Pedro despertaban en mí..... una ola negra..... un olor de sangre un ímpetu de resortes que dentro de mí se desataban..... un grito que me heló de espanto los compañeros sujetándome y lanzando voces agudas... . la policía.....

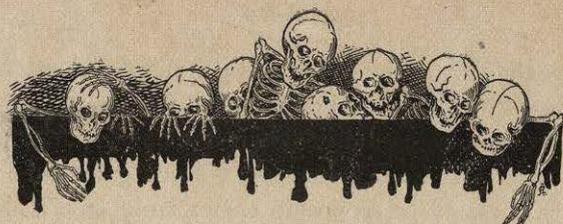


Sí, yo fuí, todos lo decían y me contemplaban con horror y espanto yo fuí! Cómo negarlo? En mis manos estaba el cuchillo empapado en sangre y frente á mí, desplomado en su sillón giratorio, el cadáver de mi jefe con los ojos espantosamente abiertos: pero nunca tan impresionantes como los de Pedro!

No sé más. Creí estar loco; pero debo confesar que mi juicio es cabal, y en mi familia no hay antecedente que lo hiciera temer. No he tenido vicios, y mi salud es completa. En vano he buscado algo que me excuse, que me disculpe, que atenúe, al menos, mi crimen. Nada!

Pronunciad, pues, vuestro fallo, señores jurados! Pedro acaba de entrar al salón, *lo he sentido, he sentido sus ojos*, que me contemplan tras de la muchedumbre. Pedro, á quien dejo en la miseria ... Sólo pido al Señor Presidente de los Debates, que, si es posible, haga entregar á mi pobre amigo esa arma, para que la conserve como un recuerdo mío.





EL FIN DE MARIANA.

Alta, enjuta de carnes, algo encorvada por el peso de los sesenta inviernos que á costas llevaba; asomando la desaliñada cabellera gris bajo el tápalo, cuyo negro color se había transformado en un desigual tinte verdoso de hoja seca sembrado á trechos de negruzcas manchas y desgarraduras, tápalo de orla carcomida que revelaba su nocturno empleo de sobrecama ó cubre pies y que mal cubría á un fichú de estambre tejido, igualmente verdoso, deshilachado y sucio y que, sobre un saco de percal á cuadros color pizarra y negros, envolvía el inclinado busto de senos lacios y talle degenerado, cayendo sobre la enagua, hermana gemela del tápalo y bajo cuya roída orilla asomaban los pies, calzados únicamente por unos viejos y torcidos zapatos de hombre que dejaban asomar por sus puntas descosidas los desnudos dedos; caminando lentamente, arrastrando la pierna izquierda semiparalizada y apoyándose en un tosco paraguas cuyo forro de grueso y parduzco algodón pugnaba por escapar de la liga de resorte que le oprimía, así, los vecinos de las calles de los Aztecas conocían á Mariana que, por su aspecto enfermizo y miserable, llamaba la atención y atraía la limosna; á doña Mariana, quien muy raras veces abando-

naba el cuartucho ocupado por ella en la destartada y ruinosa casa de vecindad frontera á las llanuras de Peralvillo, y cuyo cuarto, pared por medio, colindaba con las enormes galeras donde Zamarripa, el conocido comerciante en cereales, acaparaba los granos y semillas objeto de su comercio.

Jamás la lenta marcha de Mariana era interrumpida más que por la mano compasiva que, brevemente, deslizaba en la suya una moneda; corto espacio tras el que continuaba la silenciosa peregrinación, produciendo un monótono ruido sobre el pavimento por el arrastre de los pies y el golpear del tosco palo que servía de alma al varillage forrado. Jamás el rostro de la viandante se levantaba, contentándose ella con responder al favor recibido un: "Dios se lo pague" murmurado con voz temblorosa y carente de expresión. Nadie había pensado siquiera en fijar su atención en el rostro de la anciana, en el que habría sorprendido, con admiración y extrañeza, un resto de belleza aristocrática, un perfil correcto, una boca pequeña y unos ojos negros, grandes, hermosos aún y que cubrían casi siempre los párpados de largas y rizadas pestañas. Imposible era que nadie pudiese sospechar que, aquella anciana, había sido la hermosísima jóven, gala y orgullo de la alta sociedad de Guadalajara, y á cuyos piés habían depositado como una ofrenda, como un homenaje, su nombre y su fortuna, los más notables personajes de la época; imposible aún el figurarse que aquella ruina humana hubiera sido la beldad que en los salones mismos de los palacios de Europa, deslumbrara con su hermosura, envuelta en sedas y diamantes, á aquella aristocracia parisiense que la rodeaba, atraída no solo por el encanto físico; sino aún por la inteligencia y la gracia más perfectamente desarrolladas.



A la cuantiosa fortuna de sus padres, había Mariana unido la de su esposo: un banquero francés de origen judío, cuya historia sensacional dió pábulo á la crónica escandalosa y material abundantísimo á las columnas de los diarios de todos los países. Breve en verdad fué aquella luna de miel, rota, interrumpida por la catástrofe financiera, por el *krac* que determinó el suicidio del opulento personaje que, destrozándose el cráneo en el fondo de una bartolina, con la bala de un revolver subrepticamente proporcionado, liquidaba á sus acreedores. Mariana, huérfana, viuda y sin hijos, desapareció de Francia y se perdió entre la masa de los ignorados para ocultar su despecho y su vergüenza.

Decíase que tal desaparición entrañaba la de fuertes sumas que, por herencia paterna, constituían el dote de Mariana, y las que ella se había negado á suministrar para contener el desastre. Algunos, quizá sus apasionados, negaban la especie, afirmando que esas cantidades eran las que habían entrado á constituir el activo del concurso y que, Mariana, pobre y desolada, había partido para buscarse la vida bajo el modesto ropaje de la institutriz, aprovechando su nada vulgar ilustración. Quizá esta última versión era la más aproximada á la verdad porque, pasados cerca de treinta años, una mujer llamada Mariana, vino á radicarse á la Capital de la República Mexicana en unión de una familia belga, en cuya casa desempeñaba las funciones de aya é institutriz de dos niñas de rubia y rizada cabellera y encendidas mejillas. Alguien creyó reconocer en la asalariada á la heroína del drama bursátil, una mañana res

plandeciente de Abril, cuando acompañaba á dos encantadoras criaturas, que jugaban bajo la bóveda de esmeralda que sombrea una estrecha calzada del bosque de Chapultepec. Sorprendido, asaltado por los recuerdos de otras épocas, se dirigió á la institutriz ante la que retrocedió, confuso por su aspecto severo é impenetrable, balbuceando excusas por la equivocación.

Era Mariana, sí; Mariana que no quería ser reconocida y que se alejó fría, impasible conduciendo lenta y majestuosamente por la mano á las pequeñas, con las que desapareció tras el follaje por un recodo de las callecillas enarenadas.



—¿Cree usted, maestro, que esta desdichada recobrará el uso de sus facultades?—Formulaba esta pregunta, ante el lecho marcado por el número treinta y siete, en la inmensa galería del hospital, un jóven practicante que fijaba su investigadora mirada en la fisonomía grave y meditativa del Doctor que, acariciando lentamente su barba, contemplaba tras los oscuros cristales de sus anteojos, el rostro de la enferma adormecida.

Nada puede asegurarse aún,—repuso el Galeno,—la congestión cerebral ha sido bastante seria y, bien debe usted saberlo: no es posible predecir los resultados de una apoplejía. Si bien hay casos en que el mal no deja rastros, ellos son excepcionales y esto no se observa si no en los muy benignos. En el presente, mucho me temo que las funciones mentales quedarán alteradas, sin que pueda decir hasta qué punto: la pérdida de la memoria, la afasia, el idiotismo. . . . ¡Vaya usted á adivinar! El pronóstico es reservado. Sólo puedo decir que, en el supuesto más favorable, siempre quedará muy limitada y torpe la inteligencia de esta mujer.

Lò que sí es de afirmarse, es que las funciones corporales quedarán afectadas y restringidas. Aunque la hemiplegia no se ha presentado coexistiendo con la pérdida del habla, se indica claramente como resultado del ataque. Sobre esta pobre mujer pesará además una nueva espada de Damocles, pues quedará predispuesta á otros subsecuentes, en uno de los cuales morirá, ó quedará muda, paralítica. De todos modos, ha sido una verdadera fortuna para ella el haber sido atendida tan á tiempo; de otra suerte, no habríamos logrado sacarla con vida. . . y vamos adelante, que hay otros muchos enfermos que reclaman ahora nuestro auxilio.—Y el Doctor, con el practicante, se alejaron del lecho donde Mariana yacía, aún inconsciente, en el sopor morboso.

Algunas semanas después, Mariana salía trabajosamente del hospital, coordinando con esfuerzo sus ideas, para acudir á la casa del rico importador belga donde era friamente recibida y de la que, en vista de su incapacidad para seguir desempeñando el cargo hasta allí cumplido, salía despedida con una cantidad á título de saldo de salario, á la que se había añadido otra en calidad de socorro. La última etapa de esta peregrinación, se hallaba en el zaquizamí de la calle de los Aztecas, donde Mariana vivía, ó mejor dicho: vegetaba entre la miseria y mal sustentándose con sobras y mendrugos, imprimiendo los años que lentos y monótonos transcurrieron, las privaciones y el abandono de sí misma, en la persona de Mariana, los signos de la decrepitud.



Una lluviosa tarde de Octubre empujó á Mariana hacia su rincón, calada por la lluvia y aterida

por el soplo cortante del aire que azotaba furiosamente por el Norte. Sobre el empapado pavimento, entre la penumbra del ocaso, bajo el gris manto de la gruesa y tenaz lluvia, veíase á lo lejos la silueta femenina que se deslizaba sombría por las desiertas calles, hasta perderse en lontananza.

Atravesando por fin la obscuridad del lóbrego y solitario cubo del zahuán, por el que penetraba la racha fría y húmeda que había extinguido la moribunda llama en la humente mecha de la escuálida lamparilla, colocada en el muro sobre una repisa desclavada de grasienta madera; resbalando sobre el flojo é incompleto embaldosado lleno de charcos y barro, recibiendo el golpe del agua que se escapaba por el carcomido canalón, penetró por fin la anciana á su escondrijo, encendió temblorosa una semiconsumida vela, cerró su puerta y, rendida, sentóse sobre el jergón en que, al pié de una mesa coja de palo blanco, dormía siempre, y, arrojando á un lado el húmedo tápalo, uniendo las manos entre sus rodillas, permaneció en una actitud meditativa.

Súbitamente pasó ante sus ojos una lengua de fuego y, en medio de ella, un fantasma rojizo que la saludaba con horrible mueca. . . . y arrebatada por una ola negra, sintió su cuerpo flotar, girar, ascender hundirse por un espacio caótico en que al fin reinaba la negrura, perdiéndose ante sus ojos en lontananza un punto brillante con estridente silbido



Había amanecido ya; Mariana abrió sus ojos, procurando darse cuenta del lugar en que se hallaba y contempló en silencio las descascaradas y

húmedas paredes de su camaranchón. ¿Qué había pasado? No podía recordar cómo había llegado hasta su lecho. ¿Cuánto tiempo había dormido? Se sentía débil, exahusta, sin fuerza; sus ideas vagaban como mariposas nocturnas, sin que fuera posible detener su vuelo; experimentaba una opresión en el pecho, como si pesara sobre él una enorme piedra.

Un dolor agudo, incisivo, penetrante, siguió á la opresión; Mariana quiso desatar el fichú, arrancarlo; pero las manos inertes, los brazos inobedientes permanecían rígidos. Intentó levantar la cabeza; pero la cabeza parecía clavada contra la almohada rellena de zacate. Trabajosamente dirigió la vista á su pecho en el que contempló con terror tres cuerpos negros que se movían. . . y el dolor se renovaba. ¿Continuaría aún la espantosa pesadilla? No; bien despierta estaba, reconocía uno por uno los detalles del aposento, de su vencido envigado. Era forzoso desprenderse de aquél sitio, sacudir aquel peso lacerante. . . . ¡Imposible! ¿Volverse? . . . en vano la voluntad imperaba; ¿gritar? . . . solo un soplo jadeante salía de la seca garganta! El cuerpo, invadido por la parálisis se había convertido en una masa inerte; sólo los ojos, los aún hermosos ojos, bajo las largas y rizadas pestañas, con la pupila dilatada, se revolvían enloquecidos mirando salir por las rendijas del piso y los rincones, y descender por las grietas del muro divisorio de la bodega, una multitud de seres negros y asquerosos que se agrupaban sobre el cuerpo indefenso, como una alfombra moviente que roía las ropas y clavaba en las carnes sus pequeñas mandíbulas aceradas!

Y allí, dentro del jergón; bajo el cuerpo que devorado por las ratas se convertía en viviente lla-ga, las ocultas monedas, los acariciados líos de billetes de banco escapados á la catástrofe y con tan-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO REYES"
No. 425 MONTERREY, MEXICO

to afán conservados, para ir finalmente á dar en manos de la policía que viniera más tarde á revelar el sensacional suceso!



UNIVERSIDAD DE COAHUILA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL DRAMA DEL TALLER.

Hermosa en verdad en su actitud desafiadora, con los brazos en jarras y el rostro inflamado por una oleada de sangre, centelleando en los negros ojazos el relámpago de la ira, y vagando una sonrisa de triunfo y desprecio en la carnosa boca que estremecía un temblor nervioso que ella, sujetando el labio inferior entre sus blanquísimos diente-cillos, procuraba dominar; hermosa en el desorden de su desatada cabellera, negra y brillante como el ala de un cuervo y que se deslizaba ondulante sobre la robusta espalda; hermosa como el ángel de la indignación, miraba María de Jesús, plantada en la puerta de la carpintería, alejarse á Petra cuya marcha siguió con devoradora mirada hasta verla doblar la esquina, y hasta haber contestado con una carcajada agresiva y estridente, al ademán furioso con que la fugitiva, mostrándole el puño cerrado, le lanzaba un último reto á guisa de despedida. Entonces, volviendo la espalda y sin dignarse siquiera mirar á Antonio, que con socarrona hipocresía arreglaba el torno con la cabeza inclinada sobre el cajillo de la herramienta, María de Jesús penetró rápidamente hasta la pieza